



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Quedan asegurados los derechos de propiedad
conforme a la ley.

BAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

SED DE AMOR ⁽¹⁾

LIBRO PRIMERO

LOS MIÑONES DEL REY

I

EL CABALLERO DE ESCOLTA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 0625 MONTERREY, MEXICO

El día 30 de Marzo de 1577 y como á cosa de las seis de la tarde, tres grupos de viajeros, entre los que no parecía mediar relación ni conocimiento, pasaban uno tras otro por la carretera que en aquel entonces conducía desde el ermitage de Meudon hasta Paris, atravesando el lugar de Vaugirard.

Compañiase el primero de dichos grupos de cuatro personas, todas montadas, que marchaban en el siguiente orden: delante un viejo escudero; tras éste dos damas, y cerrando la marcha una acompañanta, tal vez doncella de las dos señoras.

(1) Copyright by Paul Féval fils, 1912 (*Le Radical*).

Por extraño que parezca, este orden de batalla tenía su razón de ser en aquella bendita época, en que los bandidos pululaban no sólo en las carreteras y lugares de toda Francia, si que también bajo los muros de la capital. Hacíase preciso que cada cual vigilase por su propia seguridad, y aun así el viajero que, por precisión ó por gusto, poníase en camino, no se hallaba muy cierto de llegar incólume á su destino.

El escudero de que acabamos de hacer mención, Cortansio, hombre de unos sesenta años por lo menos, hallábase cubierto por espesa capa de polvo, lo mismo que las damas á quienes precedía; y este detalle, insignificante al parecer, era sin embargo prueba palmaria de que si el viaje tocaba ya á su fin, debió ser comenzado muchos días antes.

De las dos damas que cabalgaban tras tan poco temible defensor, manteníase una erguida noblemente sobre la silla, realzando con su soberbia prestanta la majestad de su busto, de admirables proporciones, y contemplaba de vez en cuando á la otra que, si no era menos aventajada que ella en estatura, no parecía tener el mismo altivo porte. Aquellas dos amazonas eran la señora marquesa de Villanueva-Marsan y su hija Solange.

Quince días antes de la fecha en que las encontramos por la vez primera, miss Huming — la acompañante que formaba la retaguardia — habíase presentado en el castillo de Bonaguil, situado cerca de Villanueva de Agen, y hubo de comunicar á la noble marquesa, un mensaje que para ella llevaba de parte de la reina madre.

Dicha orden — y decimos orden porque el menor deseo manifestado por Catalina constituía un mandato imperativo — levantaba el destierro que hasta entonces sufriera la castellana de Bonaguil, ordenándole al mismo tiempo se reintegrase cuanto antes á Paris.

La señora de Villanueva-Marsan, obedeciendo el augusto mandato, despidióse sin pena del triste dominio en que diez años antes la encerrara una malquerencia palatina, y acompañada de su hija Solange y de miss Huming, emprendió el largo y penoso viaje á la capital, bajo la salvaguardia, de todo punto irrisoria, del viejo Cortansio.

Posible es que si la noble marquesa hubiera podido sospechar quien era realmente miss Huming, — una de las más célebres y jocundas bellezas del *escuadrón volante* de Catalina de Médicis, — habríase guardado muy mucho de autorizar una aproximación entre su hija y la hermosa inglesa, mensajera de la reina madre: y aun tal vez ella misma se hubiese abstenido de contestar, poniéndose en viaje, al favor regio, por cuanto por tal intermediaria concedido, dicho favor tocaba en los aledaños del insulto.

Pero ¿cómo concebir tales sospechas? Confinada en su retiro de Bonaguil, la marquesa no pudo percibir, en los diez años de su destierro, ninguno de los escandalosos rumores que circulaban por la corte. De ahí que emprendiera gozosa su camino, henchido el corazón de esperanza, porque su reintegración en la gracia real sin que ella la hubiese solicitado, permitíale esperar una nueva era de prosperidad, y lo que más le intere-

saba aún, la libertad del marqués de Villanueva-Marsan, su marido, quien hubo de ingresar en calidad de detenido en la torre albarrana del castillo de Vincennes al tiempo mismo en que salía ella de Paris, desterrada, en dirección á sus propiedades.

Diez años habían transcurrido desde entonces. Diez años llevaba la marquesa sin ver á su marido, á su Jacobo. En aquel tiempo Solange contaba cinco de edad... ¿Reconocería ahora á su padre, al encontrarse de nuevo con él después de una tan larga separación?

Hablemos ahora del segundo grupo. Este marchaba á cuatrocientos ó quinientos pasos de distancia del primero, y lo formaban dos jinetes.

Uno de ellos, el amo sin duda alguna, era un gallardo mozo como de veinte años de edad, que se cubría con elegante indumentaria en la que el paño y el cuero parecían haberse unido para formar un traje resistente y á propósito para correr peligrosas aventuras. Larga y sólida espada, cuya taza de bruñido acero se terminaba por elegante cruceta, pendía de historiado tahalí, azotando ligeramente el ijar izquierdo de su montura, un magnífico caballo de pura raza árabe, especie caballar casi desconocida entonces en Europa. Por último, un birrete de fieltro coquetonamente abullonado, y en el que á guisa de pluma aparecía prendida una rama de muérdago en flor, cubría con airoso y estudiado descuido la rizada y sedosa cabellera del joven gentilhomme, inclinándose un poco hacia la frente, aunque no lo bastante para amortiguar el brillo cegador de las negras pupilas del mancebo, la mirada de las cuales per-

manecía obstinadamente fija en las empolvadas amazonas de las señoras de Villanueva-Marsan que delante de él continuaban, indiferentes al parecer, su camino en dirección á la capital.

— ¡Por vida del diablo! — gritó de pronto el joven volviéndose en la silla para ver á su acompañante cuya montura, un mulo de largas orejas, avanzaba con obstinada lentitud. — ¿Es que te has jurado hacerme faltar al deber que voluntariamente quise imponerme? Contigo hablo, Matraca.

El llamado Matraca, un campesino gascón, bajo y rechoncho, con toda la apariencia física de un Sancho Panza, y dotado, sin duda, como su inmortal antecesor, de fuerte dosis de gramática parda y de rural filosofía, sin activar poco ni mucho el paso de su cabalgadura se limitó á responder:

— ¿Un deber decís, señor caballero? ¿Puede saberse cuál es?

— El de escoltar á esas señoras...

— ¡Bah! Una escolta que parece aceptada con más contrariedad que placer.

— ... y protegerlas hasta el término de su viaje; — acabó el joven.

— Háme dado viento que el tal término no anda muy lejano, señor caballero. Ved ahí ante vos y hacia la izquierda mano los muros de la Maladreria que hoy no es otra cosa que el Hospital de las Casitas.

— ¿Y esas casitas?...

— Anuncian la vecindad de San Sulpicio y del arrabal que rodea la abadía de San Germán. El hotel de los

Villanueva dista ahora de nosotros lo que mi topera de Agen del castillo de Bonaguil... Lo cual quiere decir, señor caballero, que esas damas están ya como quien dice en su casa... con gran contentamiento de su parte — añadió para su colete — por escapar al fin á un caballero de escolta que desde hace quince días les impone su presencia sin que ellas la hayan demandado.

Claro es que el joven no oyó una sola palabra de la importante reflexión de su criado.

— No importa; — dijo. — La noche se avecina, y sus primeras sombras son propicias á los ataques de los malhechores. Mira esas viñas que están á nuestra izquierda.

— Son las de los cartujos.

— Pues cualquiera diría que algo se mueve entre sus hojas.

Matraca, perplejo, detuvo su montura. Luego miró á su amo y soltó sonora carcajada.

— Palabra de honor, — dijo, — que si no os supiera bravo y tan ganoso de tajos y mandobles como cualquiera de los célebres de la Tabla redonda, dijera que tenéis miedo, señor caballero.

— Y hablaras en razón, imbécil, — afirmó el mancebo riendo, — que miedo tengo; aunque no es por mí...

— ¡ Ya! Temé el señor por doña Solange, como si lo viera.

— ¿ Callarás de una vez, Matraca? Esas cosas no te importan ni son de tu incumbencia. Sea de ello lo que fuere — añadió con tono de mando — yo voy á sus

alcances; procura tú seguirme, y haz lo que en tu mano estuviere para no retrasarme si no quieres que mida tus costillas con mi acero.

Dicho esto, espoleó su corcel árabe mientras Matraca, encogiéndose de hombros, acariciaba el cuello de su asno cruzado, resuelto á proceder á su antojo, cuando también á él hubo de parecerle que los tutores que sostenían las vides plantadas en el cercado de los cartujos oscilaban de modo inquietante.

Empavorecido entonces, y alocado á la idea de que se encontraba solo y tal vez en peligro, el pacífico escudero que si no era de la madera de que se hacen los héroes tampoco tenía nada de fanfarrón, se apresuró á reunirse con su amo, no precisamente por espíritu de obediencia, sino con el vehemente deseo de ponerse bajo la protección de aquél.

Lejos de ambos, atravesando aún los sembrados de Vaugirard, llegaba á la carretera el tercero y último de los grupos de que hablamos al comienzo de este capítulo.

Componíase de dos alegres compadres para quienes parecía estrecho el camino, por más de que iban á pie y dándose el brazo. Esta precaución, lejos de serles favorable, disminuía por el contrario la ya bien precaria estabilidad de cada uno de ellos. Componían la alegre pareja un arquero del Prevostazgo y un individuo que tenía tanto de burgués como de patán.

Estos caminantes, amigos recientísimos, habían traído conocimiento ante un jarro de hipocrás en una taberna de Vaugirard, el amo de la cual habíase servido

invitar á sus amigos y conocidos al bautizo de su heredero. Y para demostrarle sin duda el interés que merecía el acontecimiento tan venturoso, ambos creyeron de su deber ingurgitar respetable número de escudillas de la tónica bebida; y bebieron tanto que el arquero y el burgués procuraban, en el momento en que los encontramos, dirigirse al barrio de la Universidad, para lo que habían tomado el camino conducente á la puerta de San Germán y á la de Buci, por el cual marchaban describiendo curvas alarmantes, y alternando la conversación, rápida é incoherente, con algunas de las canciones más en boga en aquella época.

Como á remolque de los dos alegres ciudadanos, y algo apartada, con objeto sin duda de evitar los posibles choques con aquellos odres animados, marchaba una jovencita, mejor dicho una niña, que aun cuando por las trazas formaba parte de su compañía no intervenía en la conversación de los dos hombres ni mezclaba su voz á la de ellos cuando cantaban.

Diminutos zuecos, que sonaban al chocar en la tierra endurecida al compás de la marcha, calzaban los breves pies de la muchacha, quien iba vestida al estilo de las judías bohemias.

Con efecto, su traje, drapeado á la moda oriental, dejaba al desnudo los brazos y la parte inferior de las piernas, componiéndolo en absoluto telas de seda ya muy usadas, de colores chillones.

Es opinión general que las hijas de Egipto pueden ser fácilmente reconocidas por el color bronceado de su piel, y por el negro brillante de sus hermosas cabelleras.

Sin embargo, la jovencita de quien hablamos hubiera podido inducir en error á este respecto á cualquiera que hubiese pretendido deducir su nacionalidad juzgando por dichos signos exteriores distintivos de la raza que puebla las riberas del Nilo, que ella no poseía en absoluto; antes al contrario, en su cara, pequeña y de puro óvalo, de piel lechosa y fina, brillaban dos pupilas de hermoso color azul, y la opulenta riqueza de su rubia cabellera, resbalaba en libertad, lujuriosa, á lo largo de la espalda, y batíale las desnudas piernas, al rebasar el borde de la airosa y corta falda.

Tal vez se pregunte el lector, luego de leídas las líneas que preceden, cómo era posible reconocer en la niña de que hablamos, á una bohemía. Y dirémosle, que denunciaban su condición, en primer término el traje que vestía, y en segundo lugar el amuleto que llevaba colgado al cuello, como lo llevan todas las jóvenes de esa raza errante que el pueblo ha dado en llamar hijos del diablo.

¡ Singular amuleto el de la niña rubia! Componíase tan sólo de un minúsculo estilete de plomo, unido por un cordón á una hoja de marfil pulimentado.

Nada de complicaciones, como se vé : nada que pudiera prestarse á torcidas interpretaciones por parte de los católicos puros, en el tal amuleto; sin embargo, para llevar á la vista de todos tan inocentes objetos, precisaba que la niña no careciese de cierta dosis de audacia, porque en el bendito año de 1577 todo adorno complicado que pudiese ser confundido con algún fetiche del paganismo, llevaba á su propietario en derechura

á la picota del Mercado, y aun al cadalso de Montfaucon...

Volvamos á nuestros viajeros. Estos continuaban su camino en el orden inicial; los cuatro caballos de la marquesa de Villanueva-Marsan llegaban ya casi á la altura de las primeras casas vecinas de San Sulpicio; Matraca y su amo habían apenas dejado tras ellos el muro de cerca del hospital de las Casitas, y los tres que marchaban á pie armando gran alboroto, acercábanse al punto de bifurcación en que empalmaba el camino particular que de la antigua Maladreria conducía á la puerta de San Miguel.

— Por fin, — decía la marquesa, quien conservaba su cara obstinadamente cubierta por un velo, — ya estamos al fin de la jornada, hija mía. Mañana mismo haremos cuanto sea necesario para obtener una audiencia del rey.

Solange parecía distraída. Su madre habíala ya sorprendido varias veces volviéndose á medias en la silla, como si pretendiese examinar el camino recorrido. Sin embargo, oyó las palabras que se le dirigían, y contestó como si despertase de un sueño :

— ¿ He de entender, señora, que pretendéis llevarme á la corte?

— A la corte precisamente no, por más de que vuestro nacimiento, hija mía, os da derecho á ocupar un taburete cerca de la reina ; pero precisa que veamos al rey.

— ¡ Al rey ! ¿ Y para qué ?

— Para arrojarnos á sus plantas, Solange, en demanda de justicia.

— ¿ De justicia ?

— ¿ Habéis acaso olvidado á vuestro padre, hija mía ? ¿ Es que no os preocupa el tormento que tan injustamente, y desde hace tanto tiempo, sufre el noble prisionero de Vincennes ?

— Verdad es, señora ; perdonadme, os lo ruego.

La marquesa, á través de su velo, miró atentamente, largamente á su hija.

— Esta es morena, — pensaba — y se me parece, por lo menos físicamente ; ¿ se parecerán asimismo nuestros corazones ? La otra... la otra, si vive, debe ser rubia y parecerse á su padre. Ya entonces se parecían mucho... La mirada sobre todo, era la misma límpida mirada de mi Jacobo... ¿ Por qué, señor, permitiste que la arrancaran de mis brazos ? ¿ Es acaso que no había aún sufrido bastante ? ¡ Pobre Genoveva, pobre hija mía ! ¿ Dónde estás ahora si es que vives ? Y si vives, ¿ me será dado verte de nuevo algún día ?

La marquesa ahogó en su pecho el sollozo que pugnaba por subir hasta los labios, y con voz tranquila preguntó al cabo de un momento :

— ¿ Por qué, hija mía, volvéis la vista atrás tan á menudo ?

Vivo rubor, heraldo que anunciaba una mentira inminente, coloreó las mejillas de Solange.

— Quería ver, — dijo en efecto faltando á la verdad — si miss Huming continúa siguiéndonos.

— Decid que si os volvéis es para cercioraros si el caballero que nos persigue desde que partimos continúa escoltándonos, y estareis más cerca de la verdad.

— ¡ Oh, señora!

— No toméis á reproche mis palabras, pues ningún mal hay en lo que las motivan. Nuestro obstinado perseguidor es de excelente presencia, parece decidido, y todo en él revela su alta alcurnia; convengo sin dificultad en ello. Además, tengo para mí que si nuestro viaje se ha efectuado sin tropiezo alguno, más que á la escolta del pobre Cortansio, lo debemos á la de ese caballero misterioso.

Sonrió Solange al escuchar estas palabras de su madre, acentuándose al mismo tiempo el rubor que coloreaba sus mejillas.

¿ Por qué hablaba de aquel modo la marquesa? sencillamente, porque deseaba sondear el alma de su hija, como lo hizo, observándola al mismo tiempo atentamente mientras le iba hablando. Y advertido por ella el rubor que coloreaba las mejillas de la joven, hubo de pensar en el acto:

— Me lo figuraba. Si ese joven gentilhomme ha atravesado en nuestro seguimiento la tercera parte del territorio francés no ha sido precisamente con el objeto de contemplar la grupa de nuestras monturas. En realidad solo para mí es misterioso; Solange lo conoce, de seguro...

Lejos de ambas damas las voces avinadas de los dos alegres peatones de quienes hablamos hace un momento salmodiaban una canción báquica, que iba estando muy en boga y que poco después debía convertirse en el canto popular de los partidarios de la Liga:

Que yo no tengo
¡ voto á bríos!
patria ni grey,
ni fé, ni ley
ni rey,
ni Dios.

La última frase de esta copla se ahogó en un grito de terror lanzado por los dos beodos.

— ¡ Socorro! ¡ Valednos, buenos cristianos! — gritaban ambos; — ¡ Sus al rufián! ¡ Al asesino!

Estos gritos sonaban muy lejos. Sin embargo, Cortansio y las tres damas se replegaron al oírlos, uniéndose instintivamente hasta formar compacto grupo, permaneciendo inmóviles, pálidos por efecto del miedo, sin atreverse á seguir adelante, como tampoco á retroceder.

La noche había cerrado por completo. Ya no era posible distinguir nada á la distancia de dos pasos; sin embargo, escuchando atentamente, percibíase con claridad hacia la derecha, y á la altura del sitio en que se encontraba el viñedo de los cartujos, temeroso rumor de lucha, con seguridad de la que el arquero y su amigo el burgués debían sostener contra una banda de malar drines.

A juzgar por el ruido, y por los varios nombres de malhechores pronunciados por la voz estentórea del capitán, un tal Cortomontel, al animar á sus secuaces, dicha banda parecía ser formidable.

Matraca y su amo, imitando el ejemplo de la marquesa y de su acompañamiento, habíanse detenido al oír los primeros gritos en demanda de

— ¿No te lo dije? exclamó el joven. — Estaba yo muy seguro de haber visto que algo se movía detrás de las viñas.

— También yo hube de verlo; — confesó el rústico Matraca, cuyos dientes castañeteaban. Y haciendo la señal de la cruz, añadió enseguida:

— Yo para mí tengo, señor caballero, que Satán hace de las suyas. Los ganapanes que manda Cortomontel tienen una reputación detestable, dicho sea sin ánimo de ofenderles. El señor caballero obrará muy cuerda-mente haciendo á esos gritos oídos de mercader, porque fuera locura meterse á tontas y á locas en ese infierno.

— Pues yo creo que, locura ó no, debería meterme... Pero ello es que al parecer solo hay hombres en peligro, y preciso es que sepas, amigo Matraca, que yo me debo á las señoras.

— Que Dios sea loado, señor caballero, pues le inspiró resolución tan sabia y que tanto le honra; y por si hubiere algún escrúpulo en su conciencia, tranquilizarla quiero asegurándole que en este punto mismo voy á rezar un padrenuestro por los muertos, si es que los hay.

Tapóse luego los oídos, y añadió con premura:

— Alejémonos de aquí cuanto antes, señor caballero... Creo que habiéndoles prometido un padrenuestro, esos vocingleros deberían ya haber puesto fin á sus lamentaciones. Armar tan gran alboroto para morir, la verdad, me parece indecente.

Los gritos pidiendo auxilio continuaban en efecto, como también el rumor de la lucha.

Y he aquí que de pronto, con gran sorpresa y no menos disgusto de Matraca, el caballero escuchó atentamente.

Una nueva voz acababa de lanzar un grito inarticulado: era una voz de mujer.

No se precisaba más para agujonear el espíritu aventurero del gallardo mozo, que en un momento pareció transfigurarse.

— ¡Espérame aquí! — ordenó á su criado: — vuelvo enseguida.

Y rindiendo la brida al árabe corcel, desapareció, como si se sumiese en las tinieblas de la noche, mientras Matraca, consternado por el cariz que tomaban los acontecimientos, abandonaba las riendas de su montura para elevar los brazos, como si pretendiese tomar el cielo con las manos.

— ¡Loco, loco! — gritaba. — ¡Loco de remate! ¡Eso no es un hombre, es un volcán! No hay modo de resistirle... ¡Qué digo de resistirle, pero ni siquiera de pronunciar una palabra! Tratara yo de hacerlo y abriríame á estocadas el vientre ó la garganta.

Y como en aquel punto se percatase de que su montura ramoneaba plácidamente la hierba que crecía al borde del camino, añadió con desconsuelo:

— A propósito de vientre... ese ataque malhadado va á retardar, como si lo viera, por modo considerable la hora de la pitanza.

Detúvose luego á escuchar. El ruido de la lucha parecía haber cesado, pues en la noche resonaban claros

y perceptibles los gritos y vociferaciones del bandido, quien gritaba en aquel instante:

— ¡ Victoria por Cortomontel! ¡ Bien trabajado, muchachos! Estoy contento de tí *Borrigo*; y también de tí, Jinojo... Digo, pues había que ver trabajar á *Cabillot* y á *Miseria!*... Nada, nada, ni una palabra; cada cual tendrá su parte en el botín...

— ¡ Cinco! — gruñó el gascón con espanto, luego de contar laboriosamente. — ¡ Son cinco nada menos! Si el señor caballero los devora á todos, y como me llamo *Matraca* que es muy capaz de hacerlo, vaya un estómago el suyo!...

El caballo árabe, montado por el joven gentil-hombre, llegaba en tanto corriendo á las inmediaciones de la encrucijada de la Cruz-Roja, y allí hubo de chocar violentamente contra la montura del viejo Cortansio, que se había colocado heroicamente á retaguardia del grupo. Y el resultado inmediato de este choque habría sido desarzonar á ambos jinetes, sin la presencia de espíritu del joven, quien afianzándose en la silla rodeó con su brazo la cintura del viejo escudero impidiendo de este modo que cayese.

— Señora marquesa, — dijo enseguida descubriendo su cabeza, por más de que la opacidad de las tinieblas hacía de todo punto superflua esta muestra de galantería, — creo que la necesidad se impone de que ordenéis un tiempo de galope hasta llegar á vuestro hotel.

— ¿ Puedo saber quién sois? — interrogó la señora de Villanueva-Marsan, procurando, aunque inútilmente, ver el rostro de su interlocutor.

— Llámame, señora Bernardo de Arma, y dícenme caballero; — contestó él.

— ¿ No seríais por acaso el que desde Sauveterre la Lemance nos viene dando escolta?

— El mismo, señora marquesa; y os ruego que creáis lo hice sin mala intención alguna. ¡ Si mi presencia bastó para tranquilizaros durante vuestro viaje, no tendré porqué arrepentirme de lo que acaso ha sido importunidad de mi parte.

— Por lo menos, — repuso la dama — esa presencia dió por resultado que las gentes maleantes lo hayan pensado mucho antes de meterse con nosotras, y ya lo veis, nos han dejado en paz.

— Mucho me huelgo, señora, de oíroslo decir; creed que esas palabras son preciada recompensa, muy superior al servicio prestado.

— Decidme ahora, caballero, qué es lo que ocurre allá abajo y el porqué de la horrible zarabanda que desde aquí se escucha.

— Ello es precisamente lo que me obliga á suplicaros, señora marquesa, que aceleréis vuestra marcha todo lo posible. Alejaos cuanto antes del peligro, mientras yo corro hacia él.

— ¿ Quiere eso decir que vais á dejarnos? — interrogó la dama con cierta inquietud.

— Con pena, — contestó el mozo — pero tal es mi deber, porque alguien ataca por allí á una mujer.

Inclinóse al decir esto sobre la silla y descolgó del arzón un tronco resinoso que puso en manos de Cortansio, al mismo tiempo que le entregaba un eslabón;